
Umberto Eco

El Péndulo de Foucault

Bompiani - Lumen, Barcelona, 1989.

Pocos libros, de pensamiento o de ficción, han sido tan esperados como esta segunda novela de Umberto Eco. Casi una década después de la aparición de *El nombre de la rosa* (1980), el fascinante misterio medieval que hiciera del oscuro profesor italiano una celebridad internacional, *El péndulo de Foucault* viene a confirmar que Eco no sólo posee un gran talento narrativo sino que también es el creador de un nuevo género literario: el relato de filosofía-ficción. Tras su lanzamiento en la Feria del Libro de Frankfurt, hace un año, en medio de una orquestada campaña publicitaria que generó un auténtico clima de espionaje industrial en torno al argumento de la obra, la publicación de la traducción caste-

llana se esperaba con la ansiedad de una revelación. Y hay que decir que el libro, en la co-edición de Bompiani y Lumen que empieza a circular en el mundo de habla hispana, prolonga y enriquece la experiencia creativa inaugurada por *El nombre de la rosa*, aun cuando se trata esta vez de un libro diferente, igualmente erudito e ingenioso pero menos redondo, más abierto y por eso mismo más problemático, como la llamada postmodernidad, que constituye al mismo tiempo su telón de fondo y su tema profundo.

La historia gira alrededor de tres editores (o redactores editoriales, en la versión española) de una editorial milanesa, quienes se tropiezan casi

por casualidad con un manuscrito sobre los templarios, redactado por un misterioso soldado de fortuna a partir de un antiguo jeroglífico encontrado en las catacumbas de una aldea francesa, y deciden divertirse elaborando un plan de la legendaria orden caballeresca para dominar el mundo. El juego de Belbo, Casaubon y Diotallevi se convierte primero en drama, por la intervención de la policía y de un ocultista que parece ser la última reencarnación del conde de Saint-Germain, el inmortal, y después en tragedia, cuando el trío de protagonistas se ve perseguido por Ellos, los diabólicos, los sucesores de los templarios, que toman en serio el plan y resuelven apoderarse de su terrible se-

creto a toda costa. Jalonada por múltiples peripecias policiacas y extravagancias esotéricas, la narración se abre y se cierra en el Conservatorio de Artes y Oficios de París, bajo el péndulo de Foucault (León, el físico del siglo XIX, y no Michel, el filósofo del siglo XX), pues el artefacto oscilatorio es la última pieza del rompecabezas mortal que los redactores de la casa Garamond de Milán en mala hora ponen en funcionamiento. Los ciento veinte breves capítulos se encuentran agrupados en diez secciones correspondientes a los diez elementos de la mística judía, según la Torah, y presentan tanto el testimonio de Casaubon cuanto los recuerdos autobiográficos y los experimentos literarios secretos de Belbo; estos últimos están codificados en los archivos de Abulfaria, la computadora de aquél, que juega un papel central en el desenvolvimiento de la conspiración templaria. Al final, tras una purificación ritual que enfrenta a cada personaje con su destino, el narrador se queda a solas con el lector para compartir con él la amarga sabiduría resultante de otra travesía por el laberinto donde habitan los monstruos de la razón.

Como en *El nombre de la rosa*, Eco despliega aquí su asombrosa erudición filosófica, científica, histórica y literaria al inventar una conjura universal disparatadamente coherente e

increíblemente verosímil. El plan fraguado por Belbo, el escritor frustrado, Casaubon, el filósofo desencantado que actúa también como narrador, y Diotallevi, el cabalista atormentado, reúne en una síntesis genial todas las tradiciones herméticas que alguien pone bajo el rótulo de "franja lunática" y que sin embargo constituyen el revés del conocimiento establecido. Tal es quizá la mayor hazaña de *El péndulo de Foucault*: proponernos una visión irónica y satírica de las sociedades secretas, las ciencias ocultas y los saberes paralelos, en un contexto de filosofía-ficción, para mostrarnos cómo alquimistas, templarios, rosacruces, masones, druidas, teósofos, cabalistas, carbonarios, espiritistas, satanistas, herméticos e iniciados en general no son sólo charlatanes sino también sabios, y de qué manera la cultura occidental resulta de la combinación de academias y órdenes caballerescas, laboratorios y logias, bibliotecas y templos, universidades y sectas. El profesor de Bolonia se burla del esoterismo en sus diferentes modalidades, pero extiende su sarcasmo y su escepticismo a la ciencia oficial, al marxismo ("ese culto apocalíptico practicado en Tréveris") y a todos los saberes satisfechos de sí mismos que circulan en el mercado mundial. La moraleja del narrador y del autor parece estar recogida en una frase que se atribuye con calculada inseguridad

a Chesterton, autor favorito de Borges y de Calvino: "Desde que los hombres han dejado de creer en Dios, no es que no crean en nada, (es que) creen en todo".

Novela culterana como ninguna otra, plagada de referencias eruditas, de citas sin comillas y de pasajes intraducidos en otras lenguas vivas y muertas, reales e imaginarias, *El péndulo de Foucault* es en últimas una compleja alegoría sobre la inteligencia en los tiempos violentos y mercantiles que vivimos, cuando los escritores que no han podido o querido serlo se convierten en editores y se dedican a la interpretación de las interpretaciones, en un juego que termina mezclando las letras del nombre de Dios y poniendo en peligro la lectura del libro que es el mundo. El gran hermeneuta no ha logrado hallar el vellocino de oro, el Santo Grial, el mapa de las corrientes telúricas o el ombligo del mundo, pero en ésta su nueva biblioteca de excentricidades y perplejidades nos ofrece las pistas bajo la forma de un arte combinatoria para descodificar y recondicionar los lenguajes que producimos y que nos producen a la vez.

Hernando Valencia Villa. Abogado. Investigador del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.